



# MÁLAGA

Muy curiosa te muestras, querida Nina, deseando conocer esta bella al par que tranquila población, y como nobleza obliga, basta que tu lo pidas para que yo me apresure á cumplir tus deseos, que son órdenes para mí.

Arrastrado por las simpatías que para todo pecho generoso tiene la ciudad natal, pude arrancarme á los encantos de la vida cortesana y venirme á estas hospitalarias playas, á respirar las puras emanaciones salinas del siempre azul Mediterráneo.

Y aquí voy á abrir un paréntesis.

Yo he tenido la suerte,—si suerte cabe en esto,—de visitar los mas importantes mares que señalan las cartas geográficas, y ni las espléndidas bellezas del rico Atlántico, ni las magníficas y poderosas *sabanas* del opulento Pacífico, me han causado jamás las dulces emociones que he sentido á la vista de las rizadas olas del Mediterráneo: no podré decirte si es mas bello, pero de seguro es mas poético. En él no encontrarás esas horribonas pero sublimes tempestades, que admiran y cautivan por su misma grandeza; mas en cambio hallarás esa dulzura, ese grato murmullo que tan bien acompaña al recuerdo de las horas felices... El Pacífico ruje; el Mediterráneo gime: el Atlántico estalla; el Mediterráneo se agita.

Por eso Málaga, como Niza, tuvieron que recostarse en sus playas. Favorecidas por la naturaleza no podían vivir sino arrulladas por los flébiles ecos de un mar tranquilo, de un mar que las respetase y las amase al mismo tiempo.

Quizá te parezca una puerilidad, pero yo creo, y lo creo firmemente, que estas dos ciudades no hubieran podido vivir en las costas de otros inmensos mares. Sus rudos sacudimientos las habrían arruinado: esas bruscas mareas, que hacen variar en tantos metros las orillas de un pueblo, durante algunas horas, las hubieran obligado á encerrarse entre murallas, y estas murallas las habrían ahogado: hay ciudades que, como los pájaros, necesitan todo el espacio, todo el aire, toda la luz para vivir.

*Ah! love, sweet love where thou are?*

murmuraba el inspirado Lord Byron al atravesar el plateado lago de Ginebra, y yo, quizá mas afortunado que el aristocrático cantor de *D. Juan* y de *Venecia*, puedo exclamar sin temor de arrepentirme:

Amor, dulce amor, esta es tu mansion.

A Málaga no hay que considerarla bajo el punto de vista de su riqueza agrícola, industrial ó comercial, por mas que sea mucha su importancia en estos ramos; tampoco debemos conocerla por sus aberraciones políticas, aunque estas hayan sido muy grandes y le hayan conquistado injusto renombre: á Málaga como hay que estudiarla es por su clima, siempre dulce, siempre templado, que hace de su flora la mas rica y variada de cuantas se conocen: ni los escesivos frios, ni los rigurosos calores tienen cabida en su seno. La poética imaginación de los griegos hubiese creado expresamente una Diosa para darle por residencia este bendecido jardin. Málaga, á semejanza de la encantada Isla de Calipso, vive en una eternal primavera; y no creas que te exagero, no: en el mes de Diciembre se ven multitud de balcones cubiertos de matas de camelias en flor.

Pero Málaga tiene una riqueza mucho mayor, mucho mas importante bajo el aspecto social que las que dejo expuestas: el carácter expansivo y hospitalario de sus hijos. Málaga por sus costumbres, por sus usos, es mas una ciudad inglesa que española, y de ahí quizá que en su trato

sea mucho mas amena que otras ciudades de España. Inglaterra, apesar del carácter brusco de sus hijos, es una nacion esencialmente hospitalaria, y desde el momento en que se ha sido presentado,—*acquaintance*,—á una familia, ya se puede tener la seguridad de ser siempre bien recibido. En el pueblo inglés,—y esto es sabido,—no encontrarás esa falsa galantería, esa proverbial verbosidad del francés, pero hay mas verdad. En Inglaterra no te dirán jamás *donnez-vous la peine de vous assoir*: allí dicen pura y simplemente, *set-down*, pero esta breve frase nace del corazón, y debe por lo tanto inspirar mas confianza. Y en Málaga sucede esto: para el viagero es, pues, Málaga un paraíso.

Pero Málaga como localidad tiene un defecto grande, contra el cual lucha hace años y vé estrellarse sus esfuerzos: la indolencia de sus hijos.

Encerrados en sus bufetes y entregados á sus asiduas y cuotidianas tareas, como todo pueblo trabajador, necesitan que todo se lo den hecho. Por eso Málaga carece y carecerá por mucho tiempo, de ciertas condiciones de ornato: esta capital debia tener los mejores paseos y los mas bellos jardines del mundo, y desgraciadamente no es así: los pocos que encierra no responden á las condiciones especiales de la localidad ni á lo que podia esperarse de sus condiciones topográficas y climatológicas.

Cuenta una añeja crónica,—y si ella no lo cuenta, lo cuento yo,—que cuando los dioses iban presidiendo á la creación de los pueblos en España, Mercurio, el Dios alado, quiso hacerse una ciudad á su gusto, pero sin tomarse el trabajo de ir á desenterrar á lejanos países los gérmenes fecundos de la riqueza; y ¿qué hizo? Donde quiera que veía depositar á uno de sus celestes colegas una dádiva, robaba la mitad, que depositaba cuidadosamente en su tierra predilecta: de aquí que Málaga posea las industrias fábricas de Cataluña, las fructíferas huertas de Valencia, la envidiada flora de Sevilla, la abundante agricultura de ambas Castillas, las ricas minas de Jaen y Almería; y que sus habitantes posean la honradez del astur, la paciencia y amor pátrio del gallego, y la agilidad y altivez del navarro. Y satisfecho el dios Mercurio de su obra quiso completarla inspirando á sus hijos el amor al trabajo y dotándolos de esa imaginación viva y comprensiva, que es su mejor diadema.

Málaga ha producido valientes guerreros que han deramado su sangre generosa en holocausto de la pátria: opulentos capitalistas que han acudido con sus caudales á las mas apremiantes necesidades del público Erario, hombres de Estado eminentes, admiración del Foro y de la Tribuna: distinguidos literatos, premiados en cien certámenes: artistas inspirados, que han conseguido justa nominación en las artes dramáticas, pictóricas y de estatuaria: por donde quiera que se la considere, se la encontrará siempre en primera fila, se la verá constantemente sobresalir y brillar, correspondiendo á su fama y merecido renombre. Hasta en las aberraciones políticas, Málaga ha tenido la triste suerte de figurar en las líneas mas avanzadas: blanco de tenebrosos manejos socialistas, viene, desde hace años, sosteniendo una vida trabajosa, tras un ideal político irrealizable, que le ha procurado males sin cuento y profundas heridas, de las que se repondrá difícil y lentamente, pero de las que saldrá mas grande, mas elevada, porque tiene especiales condiciones para ello: porque encierra en su seno elementos mas que suficientes para borrar las huellas de sus pasados desvarios.

Pero donde existe la verdadera importancia de Málaga

es en su clima: su clima, al que se adoptan perfectamente todas las naturalezas y que hace que sea preferido por muchos extranjeros al de Niza y al de Monaco: porque su esplendente sol, su cielo siempre azul y siempre diáfano, su templada temperatura, y sus brisas, ora saturadas por las emanaciones salinas, ora perfumadas por las odoríferas esencias del romero y del tomillo, la dan una valiosa importancia, nunca bastante recomendada.

Pues bien, querida Nina, en este privilegiado rincón de España es donde me tienes alojado, haciendo la vida más patriarcal y más pacífica que imaginarte puedes. Apenas los primeros albores de la mañana doran las encumbradas rocas de los montes vecinos, que un vocinglero canario me despierta con sus trinos cantos y con sus agudos arpegios: me arrojo del mullido lecho, y con precipitado paso me dirijo á las afueras de la población, á respirar á plenos pulmones, el puro ambiente que me envían las labradas tierras, húmedas aun por las gotas del rocío. Y debo decirte que he renunciado por completo á la escopeta: desde que te dieron lástima las pintadas aves y los medrosos conejillos, y me aplicaste los duros epítetos de «corazón de roca» y «malos sentimientos», porque me complacía en aquellas escenas de «destrucción» y de «sangre», he terminado la guerra que con ellos sostenía y he firmado un armisticio perpétuo, que ha de tener positivos resultados en ventaja suya.

Después de unas cuantas horas dedicadas á estudiar el continuo trabajo de la previsora hormiga y del sagaz topo, vuelvo á casa, donde satisfechas las naturales necesidades de un voraz apetito, no me queda más recurso que imitar á la inmensa mayoría de los españoles: «pues estamos en el país clásico de la siesta, me digo, durmamos», y á solas en mi aposento, mientras el dulce beleño desciende á mis párpados, mi imaginación vuela suelta y libre, creándose á veces las más lisonjeras y risueñas esperanzas; recordando otras las escenas más felices de mi vida pasada, pero mezclando siempre á mis *chateaux en Espagne* tu recuerdo é imagen. A las tres de la tarde,—*post-meridian*— como diría un hijo de la nebulosa Albion, me dirijo al elegante establecimiento balneario denominado «La Estrella».

No conozco la etimología de este nombre, aplicado á este establecimiento: ni es una estrella ni aún siquiera tiene la forma de este astro: si se llamara «Las estrellas», lo comprendería entonces, por el número de ellas que allí se ven diariamente. Este establecimiento de baños es el *rendez-vous* de la buena sociedad malacitana. Tanto el lujo de sus cuartos, cuanto la elegancia de sus salones y la comodidad de sus albercas, le hacen ser el lugar preferente de las más aristocráticas jóvenes y de los selectos *gommeux*. Sentados en el cómodo salón de descanso, respirando las frescas brisas del mar, veo pasar la juventud y la belleza malagueña, balanceándose airosas sobre diminutos piés, cuidadosamente calzados, y envueltas en nubes de granadina ó de cretona, que con sus escéntricos córtices y caprichosos cogidos, realzan más y más las gracias de sus flexibles talles y de sus bonitos cuerpos.

A las cinco es la comida de familia: rehuyamos este asunto, pues aunque es indudable que tiene sus bellezas, sobre todo para los que por desgracia pasamos la mayor parte de nuestra vida ausentes de ella, no es menos cierto que el acto reviste un carácter tan marcadamente prosáico, que hay que pasar sobre él, como sobre áscuas.

A las siete es el paseo en nuestra hermosa Alameda, que es hoy el principal de la población; allí se va reuniendo *l'élite* de nuestra sociedad, constituyendo aquel sitio durante dos horas uno de los siete cielos, tan gráficamente descritos en el Corán.

Aunque la concurrencia nunca es muy numerosa, no faltan constantemente *asistentas*, que bastan á dar vida y animación á aquel lugar de recreo.

De nueve á diez de la noche termina el paseo, y entonces el solo recurso es pasar un rato en el Círculo ó el Liceo, en amena plática con los amigos, retirándose después á casa, á reposar de las *fatigas* del día, para empezar al siguiente igual vida.

Una escepción hay, sin embargo: los sábados del Liceo.

En Málaga, donde la afición al divino arte es grande, y donde se ha llegado á reunir un número de aficionados bastante notable, no se hubiera podido pasar sin una *soirée* musical una vez á la semana, cuando menos. Así lo comprendió tan amena sociedad hace algún tiempo, y sus sábados son la expresión del buen tono y del buen gusto.

Adios, pues: no olvides al pobre ausente, y cuando en el silencio de la callada noche oigas el murmurio de las tranquilas olas de esa apartada costa, ó te despierte el rumor de la poética canción del marinero, que anheloso boga en demanda de su hogar, piensa, que aunque separados por centenares de leguas y alejados por la extensión de la Península entera, el alma ansiosa te envía sus más expresivos recuerdos; que las ondas y las auras han aprendido á susurrar tu nombre, y que la pálida luna ha escuchado más de una vez los propósitos y los deseos de

NINO.

## Á MIS HIJOS MUERTOS

### SÁFICOS

Quando las auras con amante beso  
ledas agitan las pintadas flores,  
cuando en las selvas con susurro blando  
mueven las hojas,  
leves suspiros que exhalára el pecho,  
dulces recuerdos de los tiernos hijos  
que de la cuna me arrancó la Parca,  
son á mi oído.

Quando entre copos de brillante espuma  
alza la Aurora el rutilante carro  
y á los cristales de la mar tendida  
Febo se asoma,  
sigo con ansia su veloz carrera,  
busco en sus rayos con febril deseo,  
y en los destellos de su lumbre miro,  
miro sus ojos.

Yo ví espantado de sus brazos bellos  
el giro incierto que el dolor provoca;  
yo ví sus rosas convertirse en nieve!  
hijos del alma!  
Todo me espanta en la mezquina tierra;  
plomo parecen las pesadas horas  
á este infelice que sus hijos busca  
sumido en lloro.

REMO.

1877.

# EN LA ALAMEDA



—Por Dios, Anatolio, que van a decir que se te han subido los altramuces á la cabeza!

## OTRO CUADRO

Cuando vi «La Mulata» de Horacio Lengo, hará cosa de un año, dije para mis adentros: «Horacio anda á saltos por el camino del arte» y al ver ahora su última obra «Opiniones contrarias» me ratifico en ello.

Entre los graciosos muñecos iluminados de sus dos tomos de caricaturas y sus primeros fruteros al oleo, hay un salto; de estos á sus bodegones, hay otro, y no flojo por cierto; de los bodegones á «La Mulata», es ya un lago lo que separa esos trabajos, y así sucesivamente.

El porvenir del artista queda ya asegurado con la última produccion.

Lengo tiene las dos cualidades mas esenciales que deben adornar al pintor, y aunque ha empezado tarde, nunca es tarde si la dicha es buena. Esas dos cualidades son talento y aplicacion.

Aplicacion! Palabra mágica en el terreno del arte, que cual poderosa palanca sirve para remover los mas invencibles obstáculos. Prenda preciosa y tan indispensable al artista, que sin ella todos los esfuerzos del talento se estrellarian siempre en la lucha contra la inercia y la apatia.

La suma del talento y la aplicacion, produjo á Fortuny; y la aplicacion y el talento han hecho de Horacio Lengo un artista apreciable en muy pocos años.

Sus cuadros se suceden con rapidez siempre creciente, y, sin embargo, aun halla tiempo que dedicar á sus colaboraciones de periódicos ilustrados. Ese es el camino.

«Opiniones contrarias» es una delicada sátira á las ideas políticas extremas, y que el autor ha sabido personificar con la travesura y el gracejo que le son característicos.

Tendido sobre una butaca de alfombra, á la izquierda, lee un buen viejo con beatífica y dulce calma el número de «La Fé», que á medio estender y caido al frente, enseña su título. En el centro se halla, tambien sentada, una preciosa jóven que se oculta de él un tanto, para entregar un billete con la mano izquierda á un petrimetre, que es la tercera y última figura. Este grupito de los dos, está cerca de un veladorcillo donde hay varios papeles y efectos, y entre ellos, el periódico «El Combate».

El lector de «La Fé» representa la bondad y la confianza; la actitud de la lectora de «El Combate» explica bien claramente los efectos que produce una lectura perniciosa.

Lo que no se comprende es como el abuelo, padre ó marido, permite en su casa la presencia del segundo periódico, ni se puede explicar fácilmente que una señorita, hija ó esposa de un suscriptor de «La Fé» guste de leer el diario ultra-demagogo.

Como ejecucion, el cuadro tiene dos caractéres, ó mas bien dicho, puede dividirse en dos partes: la primera es el fondo y la ornamentacion; la segunda las figuras. La una, digna del pincel mas acreditado; la otra, no tanto.

Y es que Lengo hace poco tiempo que se dedica á

las figuras, y mas, que pinta detalles, y de aquí naturalmente la diferencia.

Sin embargo; en las mismas figuras, hay trozos de bellissima ejecucion y espresion y el mas principal y sobresaliente de ellos, es la cabeza del anciano. Sigue en mérito la figura del elegante, y luego la de la jóven.

Las bellezas del color campean en todo el lienzo, y en cuanto á la factura, veo que opina Lengo como yo. Toda factura es buena si resulta la verdad y la belleza.

Yo.

## UN PLATO ORIGINAL

Una dama de la mas alta nobleza británica, Lady H... ha hecho venir de Alejandria, segun leo en los periódicos ingleses, un delicado manjar compuesto de pétalos de rosa en confitura, que los *gourmands* de aquella ciudad considéran como el plato mas fortificante de la cocina egipcia.

La noble dama inglesa lo ha hecho venir para regalarlo al emperador de Alemania.

Con este motivo, ha obtenido una audiencia de la Gran Duquesa de Baden, á fin de presentarle su extraño manjar.

Esta princesa le ha ofrecido que será servido en la mesa del Emperador, y que se le comunicará de seguida el resultado que ofrezca en su convalecencia.

Este alimento se compone de los pétalos de una especie de rosas que se crian en Egipto, y que solo los cocineros de aquel pais saben preparar.

Una elevada persona de Berlin, que ha viajado mucho por Oriente, y que forma autoridad en el arte culinario, ha confirmado la existencia de este postre, asegurando que una casa de Smyrna, dedicada al comercio de frutas, expide estos pétalos de rosa en jalea ó en miel de rosas.

Creo que mis lectoras me han de agradecer les dé á conocer este nuevo plato que viene á complementar el de nidos de golondrinas de los chinos y japoneses, y las pastas de jazmines de los turcos. ¿Puede darse nada mas espiritual que comer una sopa de nidos de golondrinas, una entrada de jazmines y un postre de pétalos de rosa?

Creo que no.

MAZOURKA.

## ¡POBRE HOMBRE!

Tenia un caballero un ojo de cristal, y un dia que habia tomado criado nuevo, se lo quitó al acostarse, como de costumbre, y se lo dió al criado.

Este se quedó largo rato tendiendo la mano, y su amo le dijo al fin:

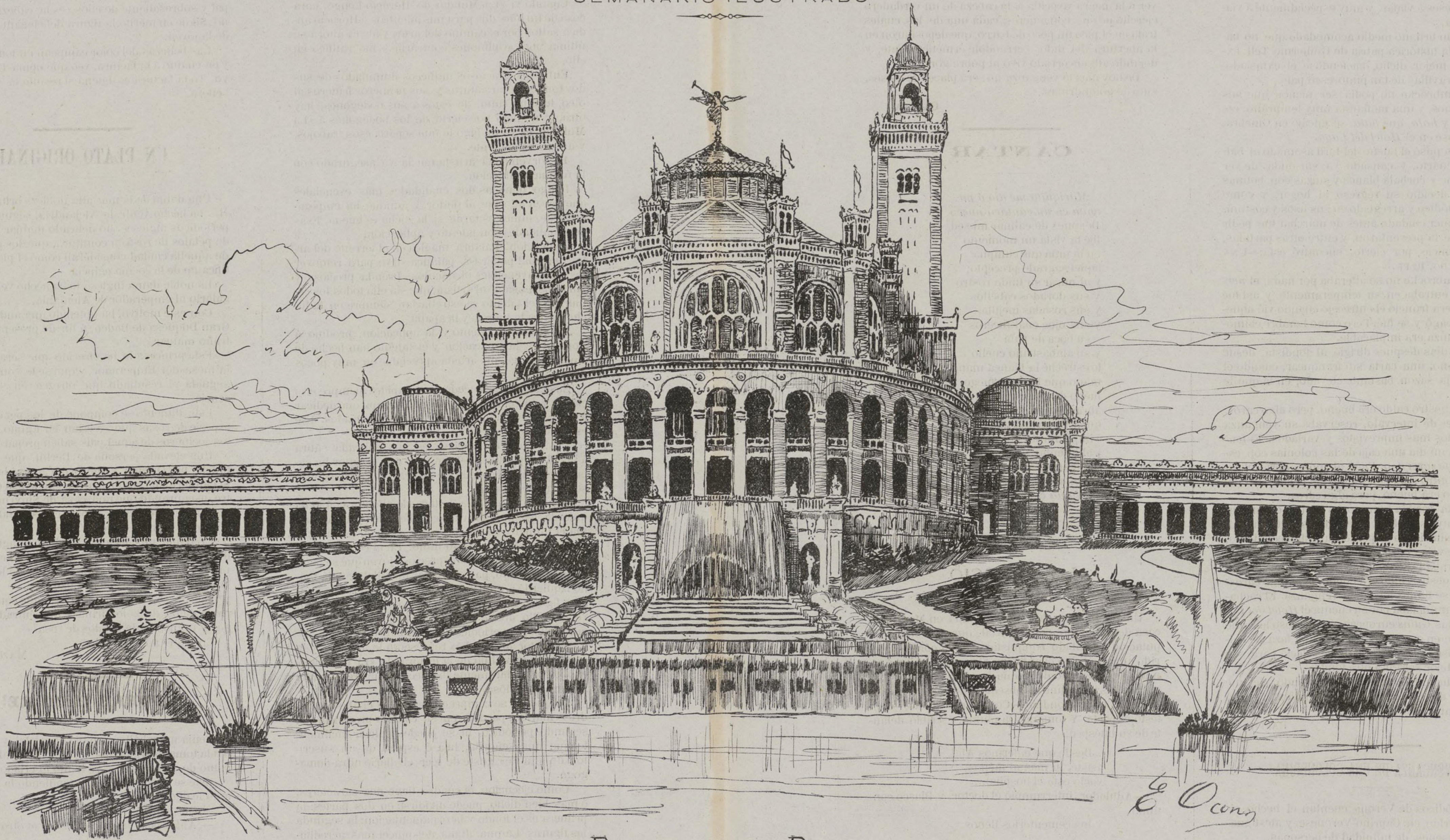
—¿Qué esperas?

—¡Ah!... pero ¿no me dá usted el otro?

BUSQUI.

# MÁLAGA

SEMANARIO ILUSTRADO



EXPOSICION DE PARÍS

FACHADA PRINCIPAL Y GRAN CASCADA DEL PALACIO DEL TROCADERO

Ayuntamiento de Madrid

## LA VENGANZA

Ya sabeis, apreciables lectores, la afición que tienen los ingleses á viajar, y muy especialmente á viajar por Suiza.

No hay un britano medio acomodado que no haya visitado la histórica patria de Guillermo Tell, extasiándose, mejor dicho, haciéndose el extasiado, ante las maravillas de tan pintoresco pais.

Lord Pembroke no podía ser menos que sus conciudadanos, y una mañanita muy temprano, cogió el tren, y *hala*, que *hala*, se encajó en Ginebra, hospedándose en el *Hotel del Lago*.

Ocho dias pasó el bueno del lord asomado al balcon de su cuarto, y cansado ya, sin duda, de ver suizos de frac y corbata blanca y suizas con botinas imperiales, decidió su regreso al hogar, y como hombre metódico y arreglado en sus usos y costumbres, su primer cuidado antes de marchar fué pedir la cuenta. Se la presentaron, y entre otras partidas, nada económicas por cierto, encontró ésta:—UNA TAZA DE CALDO, 10 FR.

Lord Pembroke no se alteraba por nada; el *nervosismo* no entraba en su temperamento; y así fué que ni siquiera frunció el entrecejo cuando vió aquella cuenta: pagó y se fué. Pero como hombre calmoso, su venganza era implacable.

Algunos dias despues dirigió al fondista, desde un pais lejano, una carta sin franquear, cuando el porte era á la sazón bastante elevado, en la que le decia:

«Señor, vuestro caldo era bueno, pero algo caro».

Con meses de intervalo, reservaba su venganza por los medios mas imprevistos y variados. El fondista recibió un dia una caja de las colonias con este rótulo: *Cafè superfino*. Pagó al mozo, abrió el cajon y se encontró solo con la misma carta: «Señor, vuestro caldo era bueno, pero algo caro».

El fondista recibia numerosas cartas encargándole que retuviese habitaciones, cuyas cartas no podía rehusar sin riesgo de perder su establecimiento, y siempre se veía chasqueado, pues en cada una de ellas encontraba la sempiterna reconvencion:

«Señor, vuestro caldo era bueno, pero algo caro».

Pero no se limitó á esto su venganza. El cachazudo inglés anunciaba por su cuenta el *Hotel del Lago* en todas las *Guias* europeas, y el curioso leía que era la misma en que habia tomado una taza de caldo tan costosa. El viajero entonces decia para sus adentros: «Mejor será ir á otra fonda».

El desdichado fondista quedó arruinado, y el que tuvo el valor de comprarle el establecimiento, se vió obligado á cambiarle el nombre.

RALPH.

### LA VENGANZA DE UNA GOLONDRINA

Los periódicos de Verona cuentan el hecho siguiente ocurrido en Caprino-Veronese, y atestigüado por la presencia de infinidad de personas.

Un gorrion entró en el nido de una golondrina; se trabó una lucha encarnizada, pero el gorrion era

mas fuerte y desalojó á la golondrina. Esta desplegó las alas y se marchó.

Cuando los curiosos que presenciaban esta escena, creyeron que todo habia concluido, vieron volver á la negra avecilla á la cabeza de un verdadero ejército de sus congéneres, cada una de las cuales traia en el pico un poco de barro, que depositaron en la abertura del nido, cerrándole herméticamente, y dejando allí encerrado vivo al pobre gorrion.

De hoy mas la venganza no será placer de dioses, sino de golondrinas.

CANELA.

## CANTAR

*Mariquita me dió á mi  
agua en un cántaro nuevo.  
Despues de calmar mi sed,  
fijé la vista un momento  
en la niña que cumplia  
aquel sagrado precepto;  
y al mirar su lindo rostro  
y sus dorados cabellos  
y sus rosadas mejillas  
y sus ojos cual luceros  
y su boca de rubí  
y su alabastrino cuello,  
le estreché la blanca mano,  
mano que brotaba fuego,  
fuego de amor que abrasaba,  
abrasaba, sí, mi pecho;  
quise llevarla á mis labios  
é imprimir en ella un beso,  
y al intentar Mariquita  
castigar mi atrevimiento,  
el cántaro se rompió  
y el agua cayó en el suelo.*

UN INTRUSO.

## LO MERECIÓ

Un dia que Eusebio Blasco comia en Madrid en casa del reputado oculista Atal, que tan buena reputacion ha sabido conquistarse en la córte,—Querido amigo, le dijo el anfitrión al pasar al salon á tomar café;—he oido decir que improvisais á las mil maravillas; hacedme el obsequio de honrar mi álbum con una redondilla.—Con mucho gusto,—contestó el poeta. Y tomando la pluma, escribió delante de su huésped:

Desde que enfermos Atal  
asiste, ni más ni ménos,  
vacío está el hospital...

—Adulador, interrumpió el doctor, y Blasco continuó:

y los cementerios llenos.

# EN EL PARQUE DEL LICEO



—Acabe V. hijo, que allí viene la seccion de ciencias!

## X.

## IV

Algunos dias despues recibí un telégrama de Ernesto, en el que me participaba su llegada á Cádiz, por haber terminado mas pronto de lo que él creía su mision en Marruecos.

En efecto, al dia siguiente llegaba á Granada, y al arrojarme en sus brazos, sentia ensanchárseme el corazon de felicidad.

Respiraba mas libremente.

Habia vivido tantos dias bajo la tortura de mis remordimientos, que al encontrarme bajo su salvaguardia, ya no temia nada; ya volvia á ser la muger fuerte; ya podia desafiar impunemente al universo entero: su sola presencia me daba valor y energía, y su cariño era el mejor escudo para defender su honor.

Si habia podido vacilar un momento, mejor dicho, si habia tenido un momento de debilidad, habia que culpar en primer término al abandono en que me encontraba, y luego á mi inesperienza de las cosas del mundo.

Yo no podia sospechar siquiera que aquel hombre que era amigo de Ernesto desde la infancia; que aquel hombre que tanto gustaba conversar de mi esposo, pintándomelo con los mayores atractivos, y provocándome continuamente á que le hablara de él y de nuestra felicidad, fuera como todos los hombres; un ser egoista, que solo aspiraba á la realizacion de un deseo, sin temor á herir la sensibilidad de una muger crédula, y mas que crédula, incauta.

El contaría sin duda con mi inesperienza: tambien puede que contára con el amor propio, natural en toda muger que se vé solicitada: quizá contaría tambien con alguna circunstancia fortuita, y solo al ver sublevada mi dignidad, y comprender el descrédito y el ridículo en que iba á caer, fué cuando decidió alejarse.

Quizá me amaba realmente... pero no; este pensamiento era indigno de mí, porque aun cuando así fuera, yo no debia creerlo.

Pero todo variaba de aspecto: mi marido estaba ya á mi lado y esta sola idea fortalecía mi corazon. Nada tenia que temer, porque su presencia era una egida poderosa.

El primer dia lo pasamos charlando: mejor dicho, lo pasó charlando, porque Ernesto hablaba y yo le oia.

Con esa palabra fácil que todos le conceden, y ese gracejo peculiar á los andaluces, nos refería á mi madre y á mí, sus aventuras por la inculta tierra rifeña, haciéndonos llorar ó reir, segun que las imprimía un tono dramático ó festivo.

¡Cuanto habia sufrido el pobre! Pero ya estaba de vuelta en España; pronto se veria de regreso en su hogar, y olvidaría sus sinsabores y molestias, descansando en mullida pluma y sentándose ante opípara comida á la europea.

¡Ya no volvería á probar el alcuzcuz ni el graciento carnero marroquí!

Yo le propuse nuestro inmediato regreso á casa, pero quiso disfrutar por algunos dias de las bellezas

de un esplendente otoño en la Alhambra, reposándose de las fatigas del viage, y accedi á sus deseos.

Emprendimos una vida activa: dábamos largos paseos, ora á pié, ora á caballo, y hacíamos un ejercicio violentísimo y enérgico; pero sumamente saludable, notándose en ambos un apetito insaciable y una sed inestinguible.

Una mañana en que despues de un prolongado paseo, recorriamos el Generalife, nos sentamos junto al saltador del *parterre*, para reposarnos algun tanto.

Conmovido Ernesto por las bellezas de aquel lugar, tenia mis manos cogidas entre las suyas, y me miraba enamorado, bebiendo en mis ojos todo el afecto que para él abrigaba mi alma. Uno de sus brazos rodeó mi talle. Conmovida, llena de felicidad, levanté mis ojos al cielo... y no pude reprimir un estremecimiento nervioso.

Nos hallábamos sentados en el mismo sitio en que Cárlos de Huescar me habia declarado su amor.

Sentí oprimírseme el pecho y palidecí como un cadáver.

—¿Qué tienes, Maria? me preguntó Ernesto alarmado.

No supe que contestarle; dejé caer mi cabaza sobre su hombro, y rompí á llorar.

Sentía deseos de confesárselo todo; de arrojarme á sus piés y pedirle perdon de mi falta, que en aquel momento me parecia un crimen; pero el temor de romper mi felicidad, de sembrar para siempre la duda en un alma tan noble y tan generosa, selló mis lábios, dejando correr mis lágrimas en silencio.

Comprendí que la Providencia me castigaba, y como tenia merecido aquel castigo, bendije la mano que me lo imponía.

—¿Qué tienes, dí? exclamó Ernesto cada vez mas alarmado.

—Nada; lo emocion...

—Que niña eres, dijo besándome en la frente.

Al ver tanto amor y tanta confianza, no pude menos de pensar:

—¡Que desgraciada será la muger impura!

MARIA DE LA PAZ.

## SU PROBIDAD!

La marquesa de N... tenia, y tiene, una doncella, linda y pizpireta y lista; tan lista que ya se pasaba de lista.

Un dia se presentó á la señora con un duro en la mano, que decia haberse encontrado.

La señora, agradecida á aquella prueba de honradez, le dijo:

—Está bien, Rosa; puedes guardarlo en recompensa á tu probidad.

No habian pasado muchos dias; un mes escaso, cuando la marquesa dejó caer una moneda de cinco duros. Al pronto no lo notó, pero algunos dias despues la echó de menos, y empezó á buscarla, pero como no la encontrára, llamó á la doncella y le dijo:

—Rosa ¿no has visto una moneda de cinco duros que he perdido?

—Sí, señora; anteayer la encontré, pero la he guardado en recompensa á mi probidad.

PEPIN.

## LAS ERMITAS DE CÓRDOBA

Hay en la alegre sierra  
Sobre las lomas,  
Unas casitas blancas  
Como palomas.

Les dan suaves esencias  
Los limoneros,  
Los verdes naranjales  
Y los romeros.

Allí junto á las nubes  
La alondra trina;  
Allí tiende sus brazos  
La Cruz divina.

La vista arrebatada  
Vuela en su anhelo:  
Del llano á las Ermitas,  
De éstas, al cielo.

Allí olvidan las almas  
Sus desengaños;  
Allí cantan y rezan  
Los ermitaños.

Y el agua que sonora  
Se precipita,  
Dicen los cordobeses  
Que está bendita.

Prestan á aquellos nidos  
Luz, los querubens,  
Guirnalda las estrellas,  
Manto las nubes.

¡Muy alta está la cumbre!  
La Cruz muy alta!  
Para llegar al cielo...  
¡Cuán poco falta!!

Puso Dios en los mares  
Flores de perlas,  
En las conchas, jardines  
Donde esconderlas;

En las aguas del bosque,  
Frescos murmullos;  
De Abril en las auroras,  
Tiernos capullos.

Arpas del paraíso  
Puso en las aves,  
En las húmedas auras  
Himnos suaves,

Y para dirigirle  
Preces benditas,  
Puso altares y flores  
En las Ermitas.

Las cuestas por el mundo  
Dan pesadumbre,  
A los que desde el llano  
Van á la cumbre;

Subid á donde el monje  
Reza y trabaja;  
¡Mas larga es la vereda  
Cuando se baja!

Ya le envuelva la noche,  
Ya el sol le alumbre,  
Buscad á los que rezan  
Sobre esa cumbre.

Ellos de santas mares  
Van tras el puerto...  
¡Caravana bendita  
De aquel desierto!!

Forman música blanda  
De un campanario,  
De semillas campestres,  
Santo rosario;

De una gruta en el monte,  
Plácido asilo;  
De una tabla olvidada  
Lecho tranquilo.

De legumbres y frutas  
Pobres manjares,  
Parten con los mendigos

En los altares.  
Allí la Cruz consuela,  
La tumba advierte;  
Allí pasa la vida  
Junto á la muerte.

Por los ojos que finge  
La calavera,  
Ven al mundo, y su vana  
Pompa altanera.

¡Calavera sombría  
Que en bucles bellos,  
Adornaron un día  
Ricos cabellos!

Esos huecos oscuros  
Que se ensancharon  
Fueron ojos que vieron  
¡Y que lloraron!

Por esas grieteadas  
Formas vacías,  
Penetraron del mundo  
Las armonías.

¿Qué resta ya del libre  
Mágico anhelo,  
Con que esa frente altiva  
Se alzaba al cielo?

La huella polvorosa  
De un ser extraño,  
Adornando la mesa  
De un ermitaño.

Allí en la solitaria  
Celda escondida,  
Un cráneo dice ¡muerte!  
Y una cruz ¡vida!

No á Dios el alma vuela  
Bajo un palacio:  
Para ir á Dios el alma  
Busca otro espacio...

¡Muy alta está la cumbre!  
La Cruz muy alta!  
Para llegar al cielo...  
¡Cuán poco falta!!

GRILO.

## EPITAFIOS

Aquí yace un escribano;  
no soneis un peso duro  
porque sacará la mano.

Bajo de esta losa fria  
un magistrado reposa.  
Por eso existe la losa.

Triste, enfermo y arruinado  
por un pleito, se murió;  
y cuenta que lo ganó.

REMO.

## PASATIEMPO

### CHARADA.

TODO vió á una *prima dos*,  
arrastrada por el *tercia*,  
y la cogió presurosa  
para ornar su cabellera.

## UN PUÑADO DE CARTAS

NOVELA IMITADA DEL FRANCÉS

POR MIMO

DEDICADA Á LA SRA. VIUDA DE M.\*\*\*

(Conclusion.)

Eduardo á su vez no pudo contener su ira ante tanta osadía y tanta imprudencia, y mientras Elena escribía el sobre con precipitación, le preguntó:

—¿Serás capaz de enviar esa carta?... y se quedó esperando la respuesta con el corazón angustiado.

—En el acto, dijo Elena, y acercó su mano al cordón de la campanilla.

Eduardo la detuvo.

—De ningún modo, dijo, mientras yo esté aquí; luego que me marche puedes hacer lo que quieras.

—No será así, exclamó Elena con calor, tu has querido que escriba esta carta y tú la verás machar; y volvió á acercar su mano al cordón de la campanilla.

Eduardo la agarró fuertemente y levantándola en sus brazos la llevó al otro extremo de la sala.

—Tienes un corazón implacable, la dijo con exaltación. No das tiempo para pedirte perdón, si así lo quieres. Hace una hora que el cariño que te profesó me hubiera hecho caer á tus pies, y cada palabra tuya es una nueva crueldad. Me ves desesperado porque te pierdo, y quieres hacerme creer que yo soy quien desea esta separación. Pero no, no aceptaré el papel que me das; no quiero dejarte ni la más leve excusa. Prosigue tu obra; hazme creer que no te quiero, y que mi amor, basado en una confianza sin límites, pues me avergonzaría de mí mismo si yo llegara á sospechar de tí,

no es amor verdadero. Persuádeme de que mi corazón es orgulloso, y yo te diré que no es así, y para probártelo me pondré de rodillas y me reconoceré culpable de cuantos defectos quieras acusarme.

¿Qué se me importa que sean tuyos ó que sean míos estos defectos? Lo que importa es nuestro cariño que se concluye. Satisfáceme tu cólera, trátame á tu antojo, pero quíereme como yo te quiero.

Á medida que hablaba Eduardo, el rostro de Elena se ponía triste y sombrío, pero no contra él, sino contra ella misma, y lo comprendía tanto más y lo admiraba, cuanto que se sentía incapaz de hacer aquel sacrificio.

Eduardo prosiguió con calma, pero en cuya voz se dejaba adivinar la pena que le laceraba el alma.

—¡Cuánto te compadezco Elena, porque no conoces el placer de perdonar y de saber esperar del mal que te han causado, la esperanza del cariño que te darán en pago. De no saber elevar el amor por cima de las demás pasiones y hacer que éstas lo sigan encadenadas como esclavas.

Reconozco tu cariño, y solo un falso orgullo, una vergüenza infundada, es lo que te detiene: sobreponete á ellos.—¿Qué puede temer tu orgullo de tu esposo? ¿Qué puede temer el mío de la compañera de mi vida?—¿Quiéres que me humille más? Pues estoy dispuesto á hacerlo cuando tú me lo exijas. Nuestro cariño está por encima de todo, y no solo confesaré mi falta, sino las faltas que ni siquiera he imaginado cometer.

Y poniendo una rodilla en tierra besó la mano de su esposa.

Triunfó el amor! Elena tendió los brazos á su marido, y lo abrazó sin que le costara la menor violencia ni esfuerzo.

Desde entonces han comprendido ambos que en el matrimonio existen infinidad de disgustos basados en un nada, y ponen de su parte cuanto pueden para evitarlos.

Dios quiera que siempre sean tan dichosos como lo son hoy.

